LA NOVELA CORTA

EN TIEMPOS DE "EL DESEADO"

por

DIEGO SAN JOSÉ

10 cts.

Año IV
N.º 170

LA NOVELA CORTA

Madrid 5
Abril 1919

Director: José de Urquía

Para que el lector juzgue la importancia de **La novela TEATRAL**, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar, pero cuya autorización ya nos ha sido **oficialmente otorgada.**

Galdós.

49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.

Benavente.

9. Todos somos unos. - 102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.

Quintero.

66. Doña Clarines.-71. El patio.-75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.

Linares Rivas.

16. El Cardenal.-99. La Cizaña- 101. Bodas de plata.

Dicenta.

3. El Lobo.- 14. Sobrevivirse. - 24. El señor Feudal. 30. - El crimen de ayer. - 60. Daniel.- 69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.

Villaespesa.

10. El rey Galaor. - 23. Aben-Humeya. - 37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla. - *El Halconero.

Ramos Carrión.

34. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-*La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant.-*Mi cara mitad.-*Los señoritos.-*La criatura.

Vital Aza.

32. Francfort. - 33. La Rebotica. - 36. Ciencias exactas.-39. La Praviana.-45. Parada y fonda. 50. Tiquis miquis.-63. La sala de armas.-*Las codornices.-*El sueño dorado. - *El matrimonio interino. - *Llovido del cielo. - *El señor cura.-*El sombrero de copa.- *Con la música a otra parte.-*El afinador.-*Perecito.

Ramos Carrión-Vital Aza.

*El señor Gobernador.-119.Zaragüeta-*Robo en despoblado. -*El padrón municipal.-110 El oso muerto.-*La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabió

Arniches.

2. La sobrina del cura. - 11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas. - 20. Doloretes. - 21. La señorita de Trevélez.-43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

Arniches - García Alvarez.

15. Alma de Dios. - 17. El pobre Valbuena. 70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.- 83. El método Góritz. - 87. El cuarteto Pons. -97. Mi papá. - *El pollo Tejada.-* El perro chico.-105.Gente menuda.-*El príncipe Casto.

García Alvarez - Muñoz Seca.

8. El verdugo de Sevilla. - 12. Fúcar XXI. - 34. La frescura de Lafuente. - 51. El último Bravo. - 56. Los cuatro Robinsones. - 64. Pastor y Borrego.

Paso - Abati.

13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La DivinaProvidencia -*El infierno.-*Los perros de presa.-*El Paraiso.-*La mar salada.-*La bendición de Dios.-*El asombro de Damasco. -*El tren rápido.-*El velón de Lucena.-*Nieves de la Sierra.-*La alegría del vivir.

COMEDIAS y ZARZUELAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-7. Charito la Samaritana.-18. El hombre que asesinó.-25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria. -28. La Gioconda.-29. Primavera en Otoño.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.- 38. Raffles.-41. Mirandolina. - 42. Genio y figura.-44. La viejecita. - 47. Petit-Café. - 48. Los Noveleros.-54. La Tizona.- 55. Miquette y su mamá. - 57. Los gemelos.-59. Gigantes y cabezudos.-73. Trampa y cartón.-74. La Corte de Faraón. - 76. El dúo de la Africana. - 80. La manta zamorana.-81. Pedro Giménez.-89. La Generala.-91. La Rabalera.-93. Pepe Gallardo. - 109. El Húsar de la Guardia.-120.Entre parientes.-*La Credencial.-*Los Hugonotes.-111.El octavo, no mentir.-115. Los demonios en el cuerpo.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-108.La tía de Carlos.-*La barba de Carrillo.-103. La Tosca.-112. Fedora.-*Los gansos del Capitolio.- *El director general.-*El crimen de la calle de Leganitos.-*El Revisor.-22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-85. La balsa de aceite.- 94. El padrino de «El Nene».-96. El señor Joaquín.-*La señorita del almacén.-113. María Rosa.-114. Tierra baja. - 117. El obscuro dominio.

(*) Las obras señaladas con asteriscos es que en breve serán publicadas.

La novela TEATRAL

publicará mañana domingo

Los Gansos del Capitolio

comedia en tres actos, de

Emilio Mario (hijo)
Domingo de Santoval

VEINTE céntimos

LOS TIEMPOS DE "EL DESEADO"

Narracion novelesca
de la égida absolutista,

por

DIEGO SAN JOSÉ

CAPITULO I

Después del tormento

Chirriaron los goznes del ferrado portón y la mazmorra lóbrega y fría quedó abierta esperando al infeliz que la ocupaba desde había más de dieciocho meses.

Tras del alcaide que hizo este menester aparecieron dos mozos robustos portando unas parihuelas, sobre las que sudoroso y ensangrentado respiraba trabajosamente un hombre.

Tomáronle en brazos sin gran cuidado de que pudiera sufrir por la rudeza de los modales y arrojáronle más que le pusieron sobre un miserable camastro.

El alcaide que alumbraba la hórrida escena con un débil farolillo de aceite, puesto en alto para que expandiera mejor la pobreza de su llama por el angosto recinto protestó:

—No es menester usar malos modos con los presos para parecer buenos funcionarios públicos.

—Es un hereje.

—Un francmasón, enemigo de Dios y del rey—atreviéronse a protestar los esbírros.

—Ni siquiera tuvo una reflexión cristiana cuando se vió en peligro.

—Ni se encomendó a ninguna devoción por si se quedaba en el trance, como se han dado tantos casos.

—Sin ir más lejos, el esportillero del otro día.

—Son alfeñiques los hombres de hoy; a dos vueltas de cuerda se le reventó una vena y echó el alma por la boca.

—Pues con este, no ha faltado mucho.

—El señor Pablo apretó de lo lindo.

—Si apretó... Por dos veces pensé yo que se le había quebrado la pierna derecha.

—Y ello, fuera lo mejor, para que no volviese a andar en malos pasos.

—Con estos así me gustaría a mí que me dejase el maestro hacer mis prácticas de ayudante, que yo le ¡juro a Dios! que no quedarían ellos muy nuevos.

—Antes entiendo yo que con estas sabandijas no se habría de perder tiempo, sino despacharles en cuanto se les echara la garra y sin formación de causa ni proceso.

Hartóse el alcaide de oir tal cúmulo de crueles disparates y miró a ponerles fin.

—Eso, allá la Justicia con él, mas no a vosotros ni a mi nos toca; pero a buen

---

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son consideradas como tales, bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

seguro, que si él estuviera sano y con las manos libres, ya le tratarías con más tiempo.

—Como está y más recio que un roble no tengo yo para empezar con él ni aun con una docena de su casta—, tornó a replicar el que habló primero.

—Bueno, hemos terminado—, le atajó el superior mirándole de mala guisa—y ten cuenta con que sea esta la última vez que te permites la osadía de comentar mis palabras. Acomodadle bien, y le echad por encima su capote.

Rezongaron los calaboceros no se qué palabras y luego de cumplir de mala gana las órdenes recibidas, salieron de la estancia y de allí a poco se perdió el eco de sus recios pasos por las angostas y complicadas galerías.

El alcaide, puso el farol sobre una desvencijada mesa, sentóse en una derruída silla que había junto, y por un buen espacio estuvo contemplando la demudada faz del desdichado preso.

Dolorosamente reconstituyó en su pensamiento la bárbara escena que pusiera en tal guisa a aquel infeliz.

Llevado a la sala del tormento, fué conminado a que declarase si era cierto que los francmasones pretendían asesinar al rey y proclamar luego la república.

El hombre, sonrió desdeñosamente por toda respuesta.

Volviéronle a preguntar y se encogió de hombros.

Entonces el presidente le amonestó de esta suerte.

—Advierta el reo que si se obstina en negar se le pondrá a cuestión de tormento, y que si en él se le quebrase algún miembro o acaba la vida, suya será la culpa y no deste santo tribunal.

El amonestado dijo entonces que nada tenía que manifestar a nadie si no era al rey en persona; su señoría mandó a los esbirros.

—Hágase el procedimiento.

Dos hombres encapuchados y fuertes desprendiéronse de las sombras, apoderáronse del acusado y desnudáronle a puros girones.

Ya desnudo se le volvió a amonestar de la misma manera, mas tampoco hizo caso.

Entonces los sayones colocáronle en el potro y apretando de recio las cuerdas diéronle hasta seis vueltas en los muslos y dos cuñas en los tobillos.

Ni una palabra, ni un ay se escapó de la boca del reo.

—Pónganle el brazalete—mandó el presidente.

Desatáronle del potro y colocáronle en el centro de la estancia. Pusiéronle una argolla en la muñeca siniestra y por una polea colocada en una ancha viga tiraron de él. Cuando estaba como a dos varas del suelo, dejábanle caer de golpe, y como no hablara ni aún así, duplicaron la distancia, hasta llegarle cerca del techo, conque le desarticularon cruelmente sin lograr de que perdiese el sentido por la fuerza del dolor, pero no que manifestase cosa alguna.

Acercóse un médico y dijo que estaba muy quebrantado y en más de ocho días no podría sujetársele a nueva cuestión. Desatáronle y poniéndole sobre unas parihuelas, sin cuidar de vestirle como cuidaron de desnudarle, lleváronle a curarse solo en la mazmorra.

***

De una vasija desbocada y negra que había en un rincón del aposento tomó el humanitario alcaide un poco de agua que empapó en su mismo pañuelo, y pasóle después por la pálida faz del dolorido.

Al contacto de la frescura estremecióse el hombre, movió con un mucho trabajo el siniestro brazo y al cabo abrió lentamente los ojos.

—Qué, ¿pasó ya?—preguntóle amablemente el carcelero.

—Pasará. Las cosquillas de hoy fueron más fuertes que las del otro día. ¡Cuerpo de su padre, como apretaba hoy el amigo atormentador! Dijérase que hacía méritos para tomar plaza en la inquisición de Murcia que es la más cruel de todas.

Quiso mover el brazo derecho, pero no pudo, un leve quejido se escapó de sus labios amoratados.

—Me parece—dijo—que este remo me lo desencajaron del todo.

—Ahora le traerá la moza un traguillo de *Rón* de la misma Jamaica que le templará mucho.

Salióse el hombre de la celda, y sin despegarse de la puerta llamó con voz recia, que retumbó por un buen espacio en las obscuras y solitarias galerías:

—Andrea, Andrea.

Como tardaran en responder más de lo que a su merced se le antojara repitió el llamamiento con más fuero.

Esta vez rospondió enseguida una voz femenina.

—¿Qué?

—¿Donde estáis que no me ois?—replicó por vía de reproche, y luego advirtiendo no ser la voz de quien llamaba, preguntó que por qué no había respondido Andrea. Diéronle razón de por qué había salido y entonces prosiguió:

—Es igual, trae tú, o tu hermana, una copa de *Rón* para el señor don Juan.

Y dada que fué la orden tornóse a la celda.

Presto se oyeron pisadas femeninas, y antes de que llegasen a la puerta de la prisión levantóse el hombre para recibir a su hija, que no otra era quien hacía el menester que el alcaide había pedido.

La joven preguntó a tiempo de entregar a su padre la copa con el reconfortante licor:

—Pues ¿qué le acontece al señor don Juan?

Y el hombre con voz de sincera pesadumbre, respondió:

—¿Qué quieres que le pase al malaventurado, ¡hija mía! sino que le han vuelto a apretar?

De la linda boca de la muchacha salió involuntariamente una protesta.

—¡Infames!

—Cuidado, hija—respondió el calabocero—no olvides que las paredes oyen, demás que no podemos nosotros discutir los actos de los señores.

—Quisiera ver a su merced—dijo la muchacha.

—No es posible ahora—le dijo el padre—está muy desvanecido y además dá compasión; no podrías resistir el mal efecto que te haría. Anda, vete sin cuidado que un Dios hay en el cielo que no le permitirá morir a manos del verdugo.

Y dicho esto se entró a consolar al infeliz. Luego de que éste tomó un sorbo de *Rón*, dejó el alcaide la copa sobre la mesa y prosiguió con él su caritativa charla.

—Bien me puede usted creer, señor don Juan, que cada día me pesa más este perro oficio, pero, ¿qué le he de hacer? De algo tiene uno que vivir. Yo no acierto con ser cruel como parece que es necesario en policías y gente de justicia; es mas, llego a tomar ley a los presos y los quiero como un maestro puede llegar a querer a sus discípulos, esto aun con los más refractarios a todo afecto, con que figúrese cuando doy con un caballero de las prendas de usted. Bien puede creerme que fuera mi gusto el sacarle ahora mismo de esta mazmorra y llevarle a mis habitaciones particulares... pero amigo, este empecatado reglamento, es más duro que una hogaza de quince días, y bien a mi pesar habré de dejarle aquí solo con sus dolores y sus penas.

El paciente agradeció con una sonrisa las palabras del carcelero, y le dijo que él demás hacía dejando para ello de cumplir con su deber; que era ser mal educado y huraño con los presos, nada complaciente y siempre que hallara para ello el más leve motivo, cruel. Algún día, lejos de allí, puede que él pudiese pagarle con creces tanta humanidad y cortesanía...

Poco más hablaron recluso y guardián y a la postre este hubo de retirarse porque su ministerio que era completamente opuesto a su natural expansivo y bondadoso le prohibía como ya se ha dicho ser más cortés.

Sonaron lúgubres los cerrojos de la pesada puerta repercutiendo el desagradable ruído en los ámbitos de las tortuosas galerías y el preso quedó solo...

CAPÍTULO II

Quién era el atormentado

Su merced, no era ningún peligroso individuo que por mal de sus pecados tuviese que rendir a la señora Justicia cuenta y razón de vida y milagros; ni era siquiera un reo político de avanzadas ideas que con la exposición de ellas hiciese agravío al trono y pusiese en grave riesgo la seguridad pública. Era, (vergüenza y dolor cuesta escribirlo) una víctima del Santo Oficio, en pleno siglo XIX.

Llamábase don Juan Van Halen, de origen holandés, como acusa su apellido y tenía el empleo de coronel del ejército español.

Su azarosa vida está plagada de aventuras, cuya relación harían un entretenido e interesante volumen, en cuyas páginas luciría siempre junto al temperamento audaz e intranquilo de nuestro héroe, su alma grande y generosa propicia a todo bien y causa noble.

Asistió bravamente en Andalucía con las tropas de Reeding y de Castaños a la campaña contra Napoleón, y anduvo tambien entre las huestes vencedoras de la batalla de Aljubarrota.

Asimismo por saber de todo en su arte de la guerra, hizo amistades con *El Empecinado,* con Espoz y Mina el Viejo y con el Cura Merino, y en muchas de las contiendas lo supo hacer tan bravamente que aquellos arrojados caudillos que no sabían qué cosa fuese miedo se admiraron de su valentía.

Fué hecho prisionero y llevado a Francia, donde como era de espíritu amplio y culto, entretuvo la amargura del cautiverio aceptando las nuevas corrientes de civilización y cultura que fueron emanaciones de la Revolución.

Los filósofos enciclopedistas del siglo hallaron en la despierta inteligencia de Van Halen, sitio abonado para sembrar sus nuevas y brillantes teorías.

Una de las cosas que con más fuerza arraigaron en su espíritu fué la *francmasonería,* a cuya secta humanitaria se abrazó con verdadero fanatismo de martir.

En el tiempo que asistió en Bayona era púnto fuerte en las logias y su palabra elocuente y arrebatadora se escuchaba con verdadero respeto.

Cuando Fernando tornó a España, devuelto por Napoleón con el desprecio de quien arroja una punta de cigarro, vino también don Juan pasando al reino de Andalucía, donde logró recuperar los grados que tuviera cuando fué hecho prisionero.

Hallóse con que en las provincias andaluzas habían tenido profundo arraigo las nuevas ideas, y no perdió ocasión de robustecerlas con su verbo cálido y valiente.

No tardó en recoger el fruto de su apostolado, que maduró con harta más saña de lo que él pensó y le estaba bien para su sosiego y tranquilidad.

Su caracter de francmasón llevóle o las cárceles que el Santo Oficio había en la ciudad de Murcia.

Para las gentes fanáticas e intransigentes era estar afiliado a la *masonería,* peor que pertenecer a una cuadrilla de bandoleros y así perseguía a los *francmasones* por doquier como a feroces alimañas.

Don Juan Van Halen, no tardó en sufrir el odio religioso de su superior gerárquico el general *Coletilla,* que desta suerte llamaba el pueblo al general Eguía porque tan enemigo era de las corrientes nuevas, que aun usaba coleta recogida con cinta de seda, como en los buenos tiempos del señor rey don Carlos III.

Apenas llegaron a noticia del sanguinario general las ideas del coronel, púsole a buen recaudo, y entregándole al brazo eclesiástico dejó muy recomendado a los esbirros y sayones de la Suprema que extremaran con él toda suerte de procedimientos

Luego de que el tribunal murciano cumplió con creces la piadosa recomendación, hizo traslado del preso a la audiencia de Madrid.

Acá, en la Corte, prosiguieron para el malaventurado los mismos rigores y crueldades, y milagro notable fué que al través de tal cúmulo de tropelías como con él cometieron, no quedara el hilo de sus días cortado en las garras del verdugo.

Más el hombre era tan fuerte de naturaleza como de espíritu; la incomodidad insalubre de la cárcel y las huellas de las cuerdas y los tornillos no durábanle gran cosa, y en pasándole los días de molimiento y dolor tornaba a mostrarse alegre y sano.

Era hombre de mediana edad, faltándole aun muy buen espacio para entrar en las áridas sendas de la vejez.

Recio era de miembros y de buena talla sin llegar a corpulento.

Pulíase y acicalaba en la prisión con el mismo cuidado y esmero que si estuviera libre y hubiera de visitar cada tarde las saletas y estrados de las damas de la Corte.

Aunque la ropa ya estaba desvaida y ajada por el tiempo que traíala puesta y el mal trato que solían darle carceleros y verdugos, era limpia y sin barruntos de remiendos.

En el tiempo que llevaba en Madrid habían cuenta con este cuidado las hijas del buen alcaide.

Eran estas dos madamitas muy gentiles, de muy buen rostro y mejor corazón.

No llevaríanse más de dos años cada una y habían aprendido de tal suerte a ser caritativas con los presos, que no parecían sino los ángeles de la cárcel.

Desdichado hubo que pensó al verlas entrar por primera vez en su celda que traían permisión divina para libertarles, como tantas veces se cuenta en historias de bienaventurados.

Para todos tenían palabras de consuelo y todos tenían por más cierta su desdichada suerte el día que no recibían su visita.

Muchas veces, (es decir, pocas, porque tal ventura dábase con cuenta gotas) al ser un preso declarado inocente; luego de muy bien atormentado, si no había una familia que le esperase, convidábale el alcaide, y le agasajaba como a un amigo, dándole de postre muchos consejos para que no tornara a ser su huesped.

***

De tal suerte simpatizó el guardián con Van Halen que algunos días de la semana iban algunos regalillos de su mesa a caer sobre la inmunda bazofia del infeliz.

Los domingos y días de guardar confeccionaban las niñas dulces y confituras según una receta casera de que les hicieron merced las monjitas de Santa Clara y siempre que se empleaban en tan goloso menester, apartaban lo mejor hecho en un platito de postre diciendo:

—Esto para el pobrecito don Juan, que bien se lo merece.

Y luego del almuerzo, iban las dos a llevar el obsequio, y ciertamente que no fueran con tan gentil alborozo, si en vez de ir a cumplir esta obra de caridad fuesen a la reja donde el amor les estuviese esperando.

El momento de hacerle el regalo era de mútuo regocijo.

—Eh, señor hereje, que todo no han de ser amarguras, venga acá y tome de esto, que aunque no las quiere bien le envían unas monjas bobitas.

Extendíanle enseguida una servilleta sobre la destartalada mesa, y mientras duraba el postre hacíanle tertulia.

Era el entretenimiento divertirse con noticias de fuera, dándole cuenta de cuanto nuevo acontecía.

Cuando no abundaba la materia cronicable inventábanle cosas o hacíanle relación de sus mismos azares y divertimientos; pero por desdicha siempre había cosas desagradables que comentar del desdichado gobierno.

Unas veces dentro de la tragedia llevaban una nota vergonzosamente picaresca, como el prendimiento del ministro Macanaz y su ama de gobierno por el mismo Fernando, por traficar con los destinos y empleos.

Otras veces, por entender que contándole una desdicha acontecida a otro malventurado aliviaban un poco la pesadumbre del preso, dábanle cuenta y razón de la llegada de un nuevo vecino de calabozo.

Y alguna vez hablábanle del último melodrama estrenado en los coliseos de la Cruz o del Príncipe, o tarareábanle el aria de la ópera nueva cantada en los Caños del Peral.

También recitábanle los últimos versos que hiciera el poeta cortesano don Juan Bautista de Arriaza en loor de la reina nueva o del cumpleaños de Su Majestad.

Una de las tardes entraron las dos muy regocijadas.

Apenas dieron en la celda dijo la pequeña que era la más desenvuelta.

—Hoy sí que traemos una cosa chusca que contarle a su merced, pero no se lo diga a papá porque de seguro que no le sabría bien.

—Y qué es ello—dijo don Juan.

—Pues sabrá su merced que venimos de San Ginés, y traemos el cuerpo lleno de risa porque el padre Antonio Salcedo nos ha dado un sermón con sorpresa, en el sermón de Anatema que le ha encargado la Inquisición.

—Viera su merced, qué cara puso toda la clerecía, hasta que el hombre rompió el paréntesis...

—Pues yo pienso que aquello lo dijo con toda su alma.

—Pero, ¿qué fué?, hablen por su vida que ya me tienen más que cogido en las garras de la intriga.

—Verá su merced. Supóngase que está la iglesia llenita de gente, hasta la misma lonja, que asisten en clase de convidados las primeras dignidades de la Corte y el tribunal de la Santa Inquisición rodeado de toda su pompa, que sube el padre Salcedo al púlpito y que dicho el *Benedicite* y expuesto el tema, comienza su oración de esta manera: y la muchacha para describir el suceso más a lo vivo se encarama sobre la única silla que hay en la estancia, y ahuecando mucho el habla por mejor imitar la voz gruesa del predicador, comienza a decir:

—«Tribunal bárbaro, Tribunal tenebroso, Tribunal impío, ¿cómo te atreves a turbar la alegría de iglesia?

«¿Por qué en un día en que solo se oyen alegres antífonas vienes tú a fulminar maldiciones contra los hijos de esta indulgente madre, que hoy los reune para regocijarse con ellos?

«Tú los reunes también en este día pero es para apercibirles con el anatema...

«¡Bárbaro y fiero tribunal.

Y mudando el tono de furibundo en pausado y apacible, prosiguió el P. Salcedo:

«Así, muy poderoso señor, se expresan los impíos enemigos de la fé.»

***

Todos tres rieron y comentaron el sermón con sorpresa, y don Juan dijo que aquello había sido un mal golpe dado al Santo Oficio.

CAPÍTULO III

En el que se cuentan como iban por el entonces los destinos de España y muerte del General don Luis de Lacy

Cuando se tegían los hilos de esta verídica narración caminaban harto tristemente los derechos de ciudadanía en España.

A toda hora y en todas partes perseguíase cruelmente el pecado de ser liberal.

Los esbirros del *Deseado* Fernando no daban paz a su enemiga y cometían los más absurdos y atroces desafueros para contener la marcha de la libertad.

Constantemente veíanse por las calles cuerdas de deportados, que pasaban a meditar sus ideas libres, anhelantes de justicia, a los presidios de Africa.

Las cárceles de la Península eran insuficientes para albergar tanto malventurado. Pero allí estaba el Santo Tribunal de la Inquisición para ofrecer sus mazmorras en servicio de la reacción y el fanatismo, y de este modo tornaron a tener en que ocuparse los familiares y verdugos de la tétrica institución que tanto holgara a su pesar durante los dos anteriores reinados.

En el del señor rey Don Fernando VII comenzaban a ver la esperanza de un Felipe II.

Recientes estaban las causas de Porlier en la Coruña y de Lacy en Mallorca, cuando el coronel Van Halen vino a ocupar un calabozo en las mazmorras de la Suprema y considerando el mal fin que aquellos héroes tuvieron no se prometía él mejor ventura.

Tenían para la Patria y para el Ejército el haber sido caudillos en la guerra de la Independencia, contribuyendo con su entereza y heroismo a que tornara a ocupar el solio de sus mayores aquel espejo de hijos infames y modelo de malvados que se llamó Fernando de Borbón, y sin embargo, llegado el momento de la venganza el uno murió en un patíbulo y el otro fusilado como traidor. Ni la patria ni el Ejército hicieron nada para librarles de su triste destino.

¿Qué podría esperar Van Halen en su favor si solo tenía que presentar a la faz del mundo un nombre honroso y un ánimo esforzado, pero que no lograra dar en las auras populares?

Muchas veces, en la soledad de su mazmorra, acudíale a las mientes el mal acabamiento que tuvo el general Lacy, insigne militar a cuyas órdenes le cupo el honor de estar algún tiempo.

***

Cataluña de suyo levantisca y poco sufrida a imposiciones ni tutelas hallábase mal dispuesta con las bárbaras presiones e intransigencias del gobierno absoluto y hacía lo posible por desembarazarse.

Gentes de toda clase y condición levantaban sus voces contra el poder autócrata. Empleados de alta categoría y comerciantes de gran prestigio y militares de alta graduación manejaban los hilos de la protesta.

En ellos andaban enredados los generales don Luis Lacy y don Francisco Milans.

Don Francisco Xavier Castaños, el héroe propiciatario de Bailén era a la sazón Capitán General de Cataluña.

Engañados pueblo y milicia con la tortuosa política del *caudillo*, se confiaron harto y dejaron traslucir demasiado sus expansiones.

Hablábase sin poco recato de asonadas, revueltas y sublevaciones, sin cuidar de espías ni polizontes.

Lacy aprovechando un viaje a Madrid asistió a una junta liberal en la que hizo promesa solemne de desenvainar su espada contra la tiranía absoluta.

Al comenzar la primavera de 1817 y hallándose en las Termas de Caldetas con los principales corifeos de la rebelión creyó que la hora era llegada, mas dos de los oficiales comprometidos desertaron cobardemente y denunciaron la conjura al Capitán General.

Milans pudo escapar, pero no así su camarada que fué delatado por el dueño de una finca donde se recogió.

Castaños echó un negrísimo borrón sobre su limpia historia de hombre bueno aconsejando al rey (quien para comportarse de manera infame no necesitaba consejeros) el fusilamiento secreto del invicto general.

Porque más se advierta lo inicuo de esta resolución véase el texto desdichado de aquel consejo:

...«No resulta del proceso que el teniente general don Luis Lacy sea el que formó la conspiración que ha producido esta causa ni que pueda considerarse como cabeza de ella, pero, hallándole con indicios vehementes de haber tenido parte en la conspiración y sido sabedor de ella sin haber practicado diligencia alguna para dar aviso a la autoridad más inmediata, que pudiera contribuir a su remedio, considero comprendido al teniente general don Luis Lacy, en los artículos 26 y 42, titulo 10, tratado 8.º de las Reales Ordenanzas; pero, considerando al mismo tiempo sus distinguidos y bien notorios servicios, particularmente en este Principado, y con este mismo ejército que formó, y siguiendo los paternales impulsos de nuestro benigno soberano, es mi voto que el teniente general don Luis Lacy sufra la pena de ser pasado por las armas; dejando al arbitrio el que la ejecución pueda ser pública o privadamente según las ocurrencias que pudiesen sobrevenir y hacer recelar que pudiera alterarse la pública tranquilidad.

FRANCISCO XAVIER CASTAÑOS

***

Necesaria ha sido toda la fama del *héroe* de Bailén, para que la Historia le haya perdonado su servilismo al firmar semejante padrón de ignominia...

En todas las clases de la sociedad se levantó unánime murmullo de protesta contra la cruel determinación.

Todos creían que debía ser perdonado teniendo en cuenta los brillantes servicios prestados por Lacy a la Patria y a la causa de aquel mal rey.

No necesitaba Castaños pulsar la opinión del pueblo, que harto más claramente de lo que él quisiera llegaba a sus oídos el sentir de las gentes.

Llegó a convencerse de que el noble pueblo de Barcelona no consentiría la perpetración de semejante crimen, y así se lo comunicó al sanguinario Eguía.

Entre éste y el *paternal* Fernando concertaron enviar al capitán general de Cataluña las siguientes instrucciones:

Haría correr la voz entre el pueblo de que al reo se le conmutaba la pena de muerte por la de prisión en un castillo.

Luego de puesta ésta trampa, en la que cayeron muy bien los catalanes, haríase de entregar el preso al fiscal de la causa, don Vicente Algarra, quien se trasladaría con él a Mallorca, donde le entregaría al capitán general de aquella región, marqués de Compigny.

«El señor Algarra—decían las instrucciones—llevará prevenidas un par de pistolas, y si en alta mar tratase alguien de libertar al preso, le quitará la vida en el acto...»

El desventurado don Luis iba confiado en que había comprado la vida con la libertad...

El capitán general de las Baleares dispuso que fuese encerrado en el castillo de Bellver, aquella fortaleza que fué insigne años antes por haber servido de prisión a otro gran benemérito de la patria y perseguido por el encono y la intriga, el gran don Melchor Gaspar de Jovellanos.

A los cuatro días de prisión le visitó Algarra, y sin muchas preparaciones, como buen esbirro del hijo de María Luisa y... Carlos IV, leyóle la sentencia de muerte...

No alteróse gran cosa la entereza del reo. Escuchó serenamente la fatal nueva y desde luego dispúsose a bien morir...

Al clarear la aurora del día 5 de Julio de 1817 bajáronle al foso, y la sangre generosa que con tan invicta gloria se derramó por primera vez en los campos de Ocaña y de Cádiz, vino a cuajarse en los fosos de Bellver, para mengua de España y oprobio de un fascineroso coronado...

Van Halen pensaba que cualquier día tendría el libro de su vida un colofón parecido y esperábale resignado, con esa mansedumbre del enfermo incurable que siente llegar en la sombra los pasos quedos de la muerte, que al fin y al cabo es la única liberación de su martirio.

CAPÍTULO IV

Donde encuentra Van Halen otra nueva amistad.

Más de dos meses había que don Juan permaneciera en su calabozo, sin que sus bárbaros jueces sintieran la necesidad de someterle a nuevos procedimientos.

Ni el escribano ni el golilla que fingía ser defensor de la causa volvieron a interrumpirle en sus meditaciones. Y a fe que lo sentía, pues en aquella inercia sepulcral servíanle de distracción.

El mismo carcelero visitábale con menos frecuencia.

Aun las niñas habían remitido su misericordia a una moza de servir.

También la fámula hizo buena amistad con el infeliz don Juan.

Era una moza rolliza y agradable como de veinte a veintidós años, y era de la mejor tierra que da sirvientes en España, quiero decir que era alcarreña.

Tanto había oído hablar Andrea (que este era su nombre) a sus amos de la bondad y desgracia de su merced, que antes de conocerle ya le había cobrado afecto.

Placíase mucho de que la enviasen sus señoritas a la celda del preso, y aun siempre que bien podía escapábase allá.

A buen seguro que si la vieran, no faltara espíritu mezquino, de infame pensar que echase a mala parte la asiduidad de la inocente moza, y más si supiese que, aunque el señor don Juan había cruzado ya las verdes frondas de la juventud, aún faltábale harto para llegar a las empinadas cuestas de la vejez.

No era sino la compasión quien la guiaba.

La primera vez que vió al preso fué acompañando a su amo... Notablemente conmovióle aquella pálida faz orlada de una venerable barba gris, mal crecida, pero pulcramente cuidada.

Estaba sentado junto a la mesa, procurando distraerse con la lectura de un libro, que ya también don Marcelino había hecho la *vista gorda* ante esta inocente distracción.

La mortecina llama de una vela de sebo iluminaba tristemente su cara, dándole un aspecto aún más melancólico que el que ciertamente tenía.

Puso Andrea la vianda sobre una silla y salió, dejando a los dos hombres.

Desde el día siguiente tomó a su cargo aquel menester.

Las señoritas dejaron de ir; alguna vez, muy de tarde en tarde, repetían las visitas.

La mayor, Adela, tenía novio, un alférez de la Guardia Real, y por escrúpulos de enamorada, entendió que no estaba bien tener parleta con un hombre, siquier fuese por caridad, siendo otro el dueño de su corazón.

La otra, Luisita, no acudiendo su hermana, no le pareció bien el ir sola; de suerte que el misericordioso papel de entrambas vino a ocuparle la moza.

No lo hiciera con tanto cariño una hija, que si los achaques del cuerpo y los rigores del trato vencían la salud del malventurado, Andrea le asistía con solícito esmero.

Si alguna carta secreta ofrecíase enviar o recibir, Andrea sabía darles cauce tan maestramente que no sospechara la industria el más fino sabueso de policía.

***

Hasta entonces toda la bondad y conmiseración que el alcaide don Marcelino había para con los malventurados que estaban bajo su custodia, no era bastante

para que en la celda de don Juan entrase ni saliese un sólo papel, fuera de aquellos libros de inocente entretenimiento que eran admitidos a la solapada.

Así es que en cuanto hallóse el hombre con un alma caritativa que ofrecíase a servirle, fué su primer deseo comunicarse con sus camaradas, y tan al cabo hubo de lograrlo, que de allí a pocos días estuvo en franca correspondencia con ellos.

Andrea, con su carita redonda de muchacha palurda, no daba a nadie barruntos de sospecha.

Durante la semana no salía sino a los recados precisos de la casa; únicamente cada quincena tenía la tarde por suya, y toda su diversión consistía en ir a las Cavas a ver al ordinario de su pueblo, y poco antes de ser noche, visitar unas tías rancias y beatas que vivían hacia Santo Domingo el Real.

Don Juan, en pago de tan preciados servicios, escribíale las cartas para su novio, y leíale las que éste le enviaba desde su pueblo cada quince días.

Y, ¡cómo disfrutaba el bueno de Van Halen con aquel piadoso menester que era ser eslabón entre el cariño de dos enamorados!...

Aquellos pleguezuelos que mal escritos venían de la aldea, traían en sus líneas, concertadas trabajosamente, todo el aroma campesino, sin el afeite y refinamiento que es uso entre la gente cortesana.

Llano era el estilo y simples los conceptos, a veces de puro simples hacíanse obscuros; hablaban del amor sin retóricas y ocupábanse más del porvenir que del presente, y cuando al cabo de la amoriada epístola, venía el largo párrafo de las memorias, don Juan leíale riendo de muy buena gana.

Las respuestas de Andrea solían ser por el mismo orden; don Juan escribíalas tal y conforme se las dictaba ella, aunque Andrea decía que las aderezase finamente; así tenían más sinceridad, eran más ciertas y muchas había que no las cambiara él por las mismas páginas de oro de Teresa de Jesús. Era el amor rústico sano y fuerte como el aroma del campo.

***

Hartas veces solía decirle la piadosa muchacha.

—A buen seguro puede tener, señor don Juan, que no quisiera sino que estuviese en mis manos su libertad, pues más que por la posta sacaríale de este infierno, y bien hará en creerme que cada noche le rezo a San Antonio una parte de rosario porque ello sea pronto. La otra parte la aplico porque me tenga siempre propicio el buen amor de mi Leandro.

Sonreía el preso, agradeciéndole la buena voluntad.

—Salir de aquí por disposición de los que me encerraron no hay que pensarlo, así es que entre tú y yo, alguna cosa hemos de industriar para conseguirlo, y aun si ello no se procura pronto, no tengo grandes esperanzas de salir vivo y sano.

—Pues, maquine su merced, y en lo poco que somos, cuente con que mi novio y yo (que ya le tengo hablado de su persona) estamos a su mandar—decía Andrea con toda su alma.

***

Don Marcelino apareció una mañana en la mansión; con la bondad en él característica, se informó de cómo iba la salud de don Juan, y como ya se ha dicho que era hombre demasiado comunicativo para su ingrato menester, entabló con el preso el siguiente coloquio:

—¿A que no se imagina usted quién ha estado esta mañana en este recinto tenebroso?

—No es fácil averiguarlo.

—Piense un poco. Personaje de muy altas campanillas.

—Nada, que no caigo.

—Pero hombre de Dios, ¿aun por estas mismas galerías no percibió bulla desacostumbrada?

—Sin duda me pillaría durmiendo; como no tiene uno cosa mejor que hacer, y puede decirse que mientras se duerme no se vive...

—Es verdad...

—Pero, vamos, despache de una vez si ello es cosa que de alguna manera puede interesarme.

—Y ¿cómo si puede?... Vaya, si acierta qué rey tengo en la mano le doy una corona.

—¿El rey fué quien estuvo?

—En cuerpo y alma, con su inseparable capitán de guardias y don Victor Damián Sáez.

—No faltarían Chamorro, ni Ugarte, y a buen seguro que le esperaría en la calle Pepa, *la Naranjera*.

—No se burle, amigo don Juan, que aun puede que tenga que estar agradecido a esta visita.

—¡Yo?...

—Puede que no tarde muchas horas en verlo.

—¿Acaso habló de mí?

—Espere, tenga calma, que yo le pondré al corriente de todo.

A este tiempo sacó don Marcelino su petaca, y ofreciendo un cigarro a Van Halen encendió él otro en la llama del candil que tan mezquinamente alumbraba la estancia.

El cigarro es el mejor eslabón entre los tratos y amistades de los hombres.

No hay negocio bueno ni confidencia interesante sino es tratada entre bocanadas de humo.

Así como don Marcelino dió la primera chupada y despidió el primer vellón de blanquísimo humo, prosiguió:

—Pues serían cosa de las diez, estaba el Tribunal reunido en la sala alta, entendiendo en la causa del tendero liberal de la calle de Postas, que dicho sea de paso me parece que le envían a Ceuta, cuando sin de improviso se presentó Su Majestad. No tengo para qué decirle la confusión que se armó, porque, naturalmente, nadie le esperaba. Quiso presenciar el juicio y los señores magistrados le ofrecieron la presidencia, que él aceptó sumamente complacido. Luego que se dió por terminado el acto, se informó de todo. Habláronle de la causa de usted, y el secretario le refirió los extremos de las últimas declaraciones.

—¿Cuáles?—interrumpió don Juan—, que a la verdad, como me las arrancaron de suerte tan infame, ya a este tiempo no se me acuerda de que lo hice ni de lo que hablé.

—Natural es—comentó don Marcelino, que a tales insinuaciones como las que aquí se emplean, no esté un hombre en sus cabales cuando habla. Me refiero a lo que respondió al ser requerido para decir si era o no verdad que existían vastos proyectos de conspiración y una gran partida de conjurados contra el régimen...

—A lo que yo respondí—atajó Van Halen—que era cierto, pero que nada declararía sino al mismo rey en persona.

—Exactamente, así se lo dijeron a Su Majestad.

—¿Y él qué respondió?

—En principio, no parece que le pareció mal, antes bien, yo creo que se interesó, y de un instante a otro mandará llamar a usted. Me parece que si usted llega a hablar con el monarca, sale usted de su augusta presencia (Dios lo quiera) para no volver a pisar las losas de esta casa.

Don Juan plegó su faz en una sonrisa de amarga desconfianza, a la que el sueño de don Marcelino no hizo objeción alguna, pues harto se le alcanzaba la razón que le asistía al infeliz.

—Oficialmente no sé nada—añadió—; pero estos rumores han llegado hasta mí, y yo, como buen amigo, me apresuro a comunicárselo.

Poco más hablaron y el buen alcaide se retiró, porque acercábasele la hora de dar el rancho a los presos.

CAPÍTULO V

De la entrevista reservada que hubieron el coronel Van Halen y Fernando «el Deseado».

En la noche siguiente, a la hora de las diez y media, paró un carruaje ante el caserón de la Suprema.

Bajaron de él un familiar del Santo Oficio y un teniente de la Guardia Real, e internáronse en el tétrico edificio. Fuera quedó un piquete.

Don Marcelino les condujo al calabozo que ocupaba Van Halen, de allí a muy poco espacio salieron con el preso y tornaron al carruaje, que seguido de la breve escolta, partió al galope hacia el Alcázar.

Fernando VII esperaba a don Juan para que le hiciera confidencialmente las declaraciones que prometiera en el tormento.

Aquella era la hora en que de ordinario daba por finada la tertulia con su camarilla, y salía acompañado de *Chamorro* y Paquito Córdoba a sus habituales y plebeyas correrías.

Estas no pasaban de ir convenientemente puesto de majo rico, para mejor entrarse por bodegones y burdeles donde la majeza privaba con todo fuero.

Las visitas a casa de Pepa, *la Malagueña*, donde gracias al buen mujerío se pasaba muy bien el tiempo.

Otras veces la gorja echábale en deshonor de algún fidelísimo vasallo de aquellos que tiraron de su carroza cuando retornó a Madrid desde su destierro de Valency.

Y más de una vez aconteció que de alguna de estas andanzas salió de manera poco en armonía con el divino papel que representaba, por la iracundia o los celos de algún majo de plante.

Fernando, que era *generoso*, sabía perdonar la ofensa en el momento, pero con su prodigiosa retentiva conservaba la imagen del que le ofendiera, y cuando menos lo esperaba el ofensor veíase preso sin saber por qué.

Ya de madrugada tomaban la vuelta de Palacio, y al meterse en el lecho bendito por su ministro de Estado, el P. Sáez, capaz sería de decir como Felipe III:

—No sé cómo hay quien pueda acostarse en pecado mortal.

***

Fernando, que como tirano era cobarde, no se atrevió a celebrar solo aquella entrevista más que en apariencia. Sabía la entereza y tesón de su víctima y recelaba que pudiérale perder el respeto.

En una estancia próxima vigilaba el duque de Alagón con algunos guardias. Protegido de esta suerte hablaría sin cuidado alguno.

***

Apenas entró el preso despidió a los que le acompañaban.

Van Halen, que al penetrar en la cámara había hecho una ligera inclinación de cabeza, se mantuvo digno junto a la puerta.

Fernando, que estaba acostumbrado a ver a los hombres como autómatas ridículos, todo zalemas y servilismos, extrañóse mucho de esta actitud digna, pero a pesar suyo se *tragó* la falta de etiqueta.

Sentóse en una amplia butaca que había junto a una mesa con licores y cigarros, y preguntó con socarrona sonrisa.

—Y bien, general, ¿son ciertas las noticias que me han dado de tí?

—Vuestra Majestad dirá—respondió respetuoso el acusado.

Y de aquí adelante se entabló el siguiente coloquio entre los dos, y que para mejor inteligencia del lector, será bien que traslade a manera de diálogo de teatro:

Rey.—Te acusan por ahí de ser uno de mis más enconados enemigos.

Van Halen.—Personal, no, señor, político sí.

Rey.—Y ¿por qué?

Van Halen.—Creo, lealmente, que el sistema con que Vuestra Majestad rige los destinos de España, no es el más a propósito para labrar la ventura y la prosperidad de una nación.

Rey.—También te señalan como individuo de esa sociedad que ha alcanzado en estos últimos tiempos tanto auge en Europa, que se llama *francmasonería*. ¿Es cierto?

Van Halen.—Sí, señor; yo no sé negar.

Rey.—¿Sabes que me admira el atrevimiento que tienes para hablarme así? Y si te he de decir la verdad, tu ruda franqueza no deja de agradarme. A buen seguro que es cosa nueva en el eco de estas estancias.

Van Halen.—Supongo que Vuestra Majestad no me ha mandado llamar con el objeto de que le adule, (para esto tiene bastante con la gente de Palacio,) sino para que le diga a solas lo que no quise decir ante el tribunal que me juzgó. Los jueces buscan siempre la verdad, y Vuestra Majestad honrándome mucho al constituirse en mi juez, no puede exigir de mí otra cosa que la lealtad de mis palabras, que es la lealtad de mi corazón.

Rey.—Muy bien, y para darte más aliento quiero, que hablemos como amigos; acortemos por unos minutos las distancias. Siéntate a mi lado, toma un cigarro: teniendo el tabaco por distracción se tratan más llanamente los negocios.

Van Halen se acordó entonces que esta amabilidad de Fernando no era sino una perversa zancadilla, pues cuando se mostraba afable y obsequioso era que tramaba su desgracia.

Prosiguió el diálogo:

Rey.—Prosigue.

Van Halen.—Con la venia de Vuestra Majestad. Es cierto señor que profeso y practico las ideas liberales y tengo la firme creencia de que no se puede gobernar a los pueblos con la tiranía, sino con la razón y la justicia; he consagrado toda mi vida y mi humilde inteligencia a procurar el triunfo de la libertad, procurando alejar de las gradas del trono toda esa camarilla de hombres ineptos e inicuos que le rodea, y que de tan mala guisa le aconsejan, haciéndole azote de la nación en lugar de amparo y esperanza de ella. Para difundir la luz en torno de Vuestra Majestad, me he asociado de todo corazón a esa gran secta de la *Francmasonería* cuyo único propósito es el de destruir las malas artes de los sicarios del absolutismo y de los que mezclando sacrílegamente la religión con la política hacen de los reyes sus primeros esclavos.

Rey.—Buena has puesto a mi gente, y lo más gracioso es que no te falta razón. Y ¿tú crees que esa secta perseguida en todos los estados, podrá algún día no ya socabar las instituciones sino acercarse siquiera a los reyes?

La respuesta de Van Halen, fué una elocuentísima defensa de la *Francmasonería*, poniéndola en brava pugna contra la reacción y el jesuitismo.

Dijo como esta nueva secta había echado hondas raices en España, tan recias y seguras que todo el poder del Gobierno no era bastante para destruirla y prosiguió.

Van Halen.—Creedme, señor, bendigo las persecuciones sufridas, las amarguras y quebrantos que me han hecho sufrir, hasta el calvario que sé que me espera, por haber conseguido acercarme a Vuestra Majestad poniéndole de manifiesto las verdaderas aspiraciones del pueblo español.

Rey.—Y ¿si yo te demostrara que esa sociedad que tú defiendes con tanto fuego no es más que una logia siniestra, de perversos fines, en la que se ha tratado de mi muerte?

Van Halen.—Mintieron los que de tal suerte osaron sorprender el ánimo de Vuestra Majestad.

Fernando sonrió con aquella sonrisa suya, que helaba la sangre.

Rey.—Sé, hasta el día, la hora y la ocasión en que tus amigos piensan darse el gusto de quitarme la vida.

Van Halen.—Los francmasones saben que Vuestra Majestad no es la causa inicial de la tristeza y degradación de España, sino vuestros consejeros. Si diérais en brazos de tan noble y cívica sociedad, veríais alzarse vuestro prestigio sobre la corona. Pues ¿acaso sería Vuestra Majestad el primer monarca que después de conocer las leyes fundamenteles de la Masonería que no es otro que el de prestar apoyo al debil y fomentar el trabajo y la moralidad, no se ha creído honrado con pertenecer a ella? ¡Qué grande y admirable ejemplo daría Vuestra Majestad desprendiéndose de esos malvados cortesanos, que solo piensan en su lucro sin atender a vuestra grandeza, y acudiendo a nosotros los amigos del bien y de la Justicia... Alzaos, señor, de esta podredumbre.

Rey.—Aun cuando tus palabras llegaron a inclinar mi ánimo no podría como buen católico formar parte de sociedades que Su Santidad ha declarado heréticas.

Van Halen.—Nada más fácil, señor, que obtener del Sumo Pontífice y del Cardenal Gonzalvi la abolición de las bulas que han sido formuladas contra la masonería.

***

Hubo una breve pausa, tras de la cual alzóse el rey de su asiento y dijo dando las últimas chupadas a su aromoso cigarro.

—He pasado un buen rato oyéndote. La verdad, no estoy acostumbrado a ver hombres como tu. Haré cuanto pueda por mejorar tu situación.

Van Halen, que al mismo tiempo que el monarca habíase puesto en pie, respondió:

—Este sería el día más feliz de mi existencia en el cual se borrarían todos los sinsabores que padecí hasta ahora, si hubiera sabido despertar en el corazón de Vuestra Majestad la idea de la rectitud y de la justicia.

Fernando tocó una campanilla de plata y aparecieron los que escoltaron al general, que lo trasladaron inmediatamente a la carcel de la Inquisición.

No dejó de hacer mella la entrevista en el ánimo del rey.

Hasta pensó en poner en libertad a Van Halen y hacerle ministro, pero consultó la idea con su *gabinete*, y en el acto quedó rechazada.

Esto no podía ser; antes que un acto de clemencia, lo entenderían de cobardía los enemigos del régimen.

Lo mejor era buscarles la coartada. Fernando debía hacerse francmasón según los consejos del general, estos le nombrarían su jefe y de esta suerte los tendría a su absoluto albedrío. En cuanto a Van Halen, era necesario hacerle desaparecer.

Cada uno de los esbirros púsose al lado del general y bajaron por una escalera excusada hasta el patio de caballerizas donde esperaba el coche.

Subieron y la pesada máquina partió a buen trote de las poderosas mulas hacia la calle de la Inquisición.

Nadie reparó en el coche.

La hora avanzada y el mal alumbrado, aunque no tan malo como el que ahora padecemos los sufridos madrileños, hacían imposible esta curiosidad.

Ninguno de los tres individuos que ocupaban el carruaje habló una palabra.

Don Juan acaso concebía algún hilo de esperanza, porque como vió tal llaneza en Fernando con quien no había hablado hasta entonces, pensó que acaso le calumniaban, que sería un hombre lleno de buenos propósitos pero sin voluntad para ponerles por obra sin someterles antes a la aprobación de sus consejeros.

Acaso soñó con que la libertad ansiada estaba a punto de tenderle los brazos...

Que bien dice el adagio:

El que tiene hambre con pan sueña.

CAPITULO VI

De mal en peor y en el que de pasada se trasladan unas cartas referentes a la vida de Fernando que Van Halen halló olvidadas entre las páginas de un libro.

Como el señor don Juan se temía, a partir de la entrevista con Fernando, en vez de mejorar su situación empeoró.

El atrevimiento conque hablara al rey era imperdonable a los ojos del general Eguía y de los inquisidores.

La camarilla, no podía dejar aquel desahogo sin la pena correspondiente.

Recurrieron nuevamente al tormento para que declarase más llanamente quienes eran sus cómplices y los fines que se prometían tanto con el rey como con su gobierno, pero la entereza de Van Halen, era de tal suerte que ni una palabra más de las que tenía dichas lograron oir de su boca.

De cada procedimiento le soltaban a punto de expirar, y si ciertamente no llegaron hasta acabar con su vida, era porque el rencor que les animaba era tan enconado que le dejaban vivir para gozarse en irle exterminando lentamente.

Hubo quien fué opinión de que se le dejase morir de hambre en el calabozo.

La idea pareció de perlas a aquella serie de salvajes legalizados, y pensaron ponerla en práctica más adelante, luego de otro interrogatorio sino conseguían su propósito, entonces no podía ser porque el reo había salido tan quebrantado del último *procedimiento* que era absolutamente imposible someterle a uno nuevo.

***

Andrea, cuidó a don Juan durante la convalecencia de aquella *cuestión*, con tanto esmero y solicitud como si fuese su padre.

Mudábale paños de árnica, y salmuera, pues no podía disponer de otros medios curativos, y por su misma mano lavábale antes las cruentas huellas que dejaron en su cuerpo las cuerdas y los hierros.

Don Marcelino, tampoco dejó de tratarle con la misma blandura que tenía por costumbre y muchas tardes a punto de anochecer gustaba de echar un rato de charla en su compañía.

Era tan amena e instructiva la conversación con Van Halen, que al buen alcaide las horas hacíansele minutos a su lado. De buena gana hubiérale trasladado a su casa, teniéndole por huésped, pero, bien a su pesar había de aguantarse tan humanitarios sentimientos; una cosa era la amistad y otra cosa era el deber.

Cuando el hombre decía que para desempeñar aquel cargo era necesario no tener corazón...

Mas de cuatro veces habíaselo dicho su mujer.

—Es inútil, tú no sirves para esto, y cualquier día vas a tener un disgusto muy serio.

Y él replicaba:

—Pero, ¿mujer que le voy hacer? Quieres que sobre las penas que tienen encima de su alma, y el mal trato que les dán vaya todavía yo a corromperles las oraciones?

—Si no es eso, hombre—, argüia la señora—. Yo soy la primera en compadecerles, y aún muchas veces les envío alguna golosina con la chica, sobre todo a ese pobrecito general.

—Que es un angel de Dios—interrumpió don Marcelino.

—Pero, tú, te pasas de la raya—prosiguió la alcaidesa—que no todos son como don Juan, y si no te enmiendas, algún día tendremos que sentir... Bien está la caridad, pero por adarmes, no por azumbres como tú la administras.

Conocía don Marcelino que su costilla tenía harta razón y procuraba enmendarse. pero en hallándose frente al francmasón todos sus propósitos de severidad

caían por el suelo, y ya fué él mismo quien sin recato alguno le llevó libros con que entretener el forzado ocio.

Por cierto que en uno de ellos que era el famoso y prolijo memorial que el marqués de la Ensenada dirigió a Carlos III en defensa de los cargos que hiciéranle caer en desgracia, había un pliego manuscrito, que hablaba de un suceso pasado, siendo Fernando príncipe de Asturias.

Aunque nada tiene que ver con la presente historia, únicamente por ser documento de la misma época y para curiosidad del lector se traslada a continuación.

Si alguno no quiere perder el hilo de la trama, doble luego la hoja y prosiga adelante.

Sin duda que fueron escritos por palaciego poco afecto al que después habría de seguir los destinos de España:

Dicen de esta suerte.

EL PASO DE EL ESCORIAL

«Este jóven príncipe Fernando (que si Dios no lo remedia ha de llevar sobre su enmarañada *testa* la corona) saca muy buenas disposiciones para las artes liberales y de continuar por tal camino malo será que no tengamos otro rey sabio como aquel de las Partidas.

»Aún no tiene cumplidos los 23 años y no solo sabe leer de corrido, escribir con bastante ortografía y no mala letra, sinó que, un punto menos que el *padre nuestro* conoce el caballeroso idioma de Moliere.

»Tales manos lo hilan que no son menos las que modelan el refinado gusto de su alteza, que el canónigo de la santa iglesia metropolitana de Zaragoza don Juan de Escoiquiz, que entró en Palacio de la mano del señor Príncipe de la Paz.

»Toda su vida anda el hombre afanoso de lauros literarios, y si ha de decirse la verdad no ha correspondido la realidad a los propósitos.

»Ya que no una obra fundamental de su pluma, piensa dejarla de su espíritu y al efecto, inculca en el augusto educando profundas ideas que este traslada felicísimamente al papel...

»No parece el cuarto de Su Alteza la ordenada estancia de un príncipe que ha de ser árbitro de los destinos de una nación, sinó más bien el revuelto estudio de algún poeta rico. Por todos lados tópase con libros, pliegos sueltos, escritos en francés los más, de estos que llaman periódicos.

»Lo más del día y muchas horas de la noche pásanse alumno y maestro en esta estancia, revolviendo folios, apuntando notas y durante este tiempo, nadie es osado a traspasar los umbrales del aposento si no fuese llamado...

»Ya Godoy ha advertido al rey que tenga cuenta con aquellas prolongadas encerronas e íntimas camaderías del clérigo y el Príncipe. Y ya Sus Majestades que no ven sinó por los ojos de *Manolito*, (como le llama el buenazo y confiado de Carlos IV) han mirado y piensan en poner remedio inmediato.

»Estos días entra y sale con mucha frecuencia en el cuarto de Fernando, don Juan Bautista Melón, juez de imprenta. Yo le conocí habrá cinco años en casa de Moratín.

»A todos causaba extrañeza el verle por aquí, pero, hasta esta mañana nadie pudo conocer las causas.

»Parece que Su Alteza, ha traducido secretamente el primer tomo de las *Revoluciones romanas* de Veriot, con el que piensa sorprender gratamente a los autores de sus días, y ha pedido parecer al señor abate, ni más ni menos que un escritor de profesión, expuesto a las exigencias de la censura y al olvido de los lectores...

»Aún no saben nada los padres, y ya ha cundido la nueva por toda la corte.

»Tampoco sabe nada Godoy.

»Desde que sé cierto que Su Alteza se ha *metido* a literato, cada vez que le hallo le miro atentamente y me pregunto:

—¡Santo Dios! ¿qué fruto nabrá dado esto, si los alcornoques no dan más que bellotas y corcho?

Pero, esperemos en el Altísimo que suele hacer grandes milagros

*
* *

»Hoy fué el día elegido por Su Alteza para sorprender con el sazonado fruto de su culta laboriosidad el amor de sus augustos progenitores.

»En las primeras horas de la mañana, fué el acontecimiento. Lujosamente encuadernado llevaba Fernando el primer ejemplar de *su* obra.

»Con mucho júbilo tomó el monarca el libro y por un buen espacio estúvole mirando por de fuera. No hacía mas de decir bondadosamente, con esa bondad que tan vergonzosa es para su honor:

—¡Muy bien, hijo mío! quien así se emplea desde el alto puesto que tu ocupas, en el cultivo de las Letras, no solo se honra él, si no que honra a su patria y a su siglo.

Unico testigo de la conmovedora escena, era Godoy quien tomando el libro de las manos del rey, púsole abierto en las de la reina.

»Estupefacta quedó María Luisa ante el título y haciéndosele ver a su esposo dijo:

—Pero, ¿tú ves esto, Carlos? ¿Qué es lo que ha hecho este muchacho?

El rostro plácido del soberano tornóse austero y grave.

—¿No pudiste hallar—dijo al Príncipe—cosa más apropiada para manifestar las dotes de tu ingenio que esta obra? ¿Quién te aconsejó tamaño desatino? Un futuro monarca traduciendo un tratado de revoluciones... Lo primero que debiste hacer antes de llevar a cabo tu intención, es consultarme y pedirme permiso porque un príncipe no debe escribir para el público sino cuando esté cierto de que sus producciones tienen firme consistencia para resistir los embates de la crítica. Desde ahora mismo te prohibo que este libro salga a la luz; por tanto, quedará depositada la edición hasta tanto que personas doctas y graves me den informe de él.

Ablandóse un poco al ver el aire contrito de Fernando y aconsejóle que si en efecto su vocación a la Literatura era seria, que tradujera el *Curso de estudios* que Condillac había escrito para el príncipe de Parma.

*
* *

»La marquesa de Perijáa ha dicho a SS. MM. que el príncipe pasa las noches en vela hasta las fronteras del alba, y aunque estos no lo extrañaron, pensando en que su aplicado hijo se ocupaba en la traducción de Condillac, pusiéronse sobre aviso.

»Por si esta advertencia fuese poco, esta mañana encontró el rey un anónimo sobre su pupitre; rasgó el sobre y halló que decía así:

»El príncipe don Fernando prepara un movimiento en Palacio. La corona de Vuestra Majestad peligra. La reina corre riesgo de ser envenenada, urge impedir tales intentos sin dejar perder los instantes. El vasallo que dá este aviso no se encuentra en posición ni circunstancias para poder cumplir de otra manera sus deberes...»

»El rey decidió sorprender él mismo a su hijo.

Tomó como pretexto otro motivo literario ya que en literatura, aparentemente anda engolfado Su Alteza...

»So pretexto de regalarle un ejemplar encuadernado de las poesías que se han compuesto en loor de los triunfos de nuestras armas en Buenos Aires, dirigióse a las habitaciones de Fernando.

»No esperaba este la paternal visita y así se desconcertó mucho y pretendió atolondradamente recoger unos pliegos que tenía sobre la mesa, pero su padre se lo impidió.

»El mismo soberano hizo un registro en pupitres y estanterías y halló más de lo que quisiera, pues que descubrió la verdadera simiente de una conspiración para arrojarle del trono.

»Tomó lo que parecía de más gravedad y salió dando orden a su hijo de que permaneciese encerrado.

»Como Godoy se halla enfermo en Madrid ha mandado llamar a Caballero mi ministro de Gracia y Justicia, para que examine el hallazgo...

»En el Real sitio de San Lorenzo a 28 de Octubre de 1807.»

CAPÍTULO VII

De como medio pliego en blanco de una carta puede ser un ancla de salvación

Andrea habíase hecho de tal manera confidente y azafata de Van Halen, que cuanto oía a sus amos respecto él enseguida se lo embocaba.

Aquel coloquio entre los alcaides, no tardó don Juan en saberle mucho más allá de una hora luego de haber tenido efecto.

Una tarde presentóse la moza durante la siesta, como solía tener por costumbre; llevaba un pliego de papel y un sobre.

Descorrió muy quedo los cerrojos de la prisión y entró en ella.

Van Halen, tumbado en el duro camastro meditaba sobre su triste suerte.

—¿Está su merced dormido?—preguntó la moza.

Y su merced incorporóse por toda respuesta.

Entró Andrea, y con la vela de sebo encendió la que don Juan había sobre la mesa.

Y mientras encendía preguntaba:

—¿Me querrá escribir la carta para aquel pobre pastor que pena de amores en Fuentelsaz?

—Vamos a quitarle las penas al señor *Batilo*—dijo Van Halen llegándose a la mesa.

—Vaya, no, no me le ponga motes su merced, Leandro se llama y no otra cosa.

Y en un instante, tomando las sencillas palabras de Andrea, enjaretó su merced una sentida carta de amores.

—Ya sabes—, bromeó el general—que de esa boda quiero yo ser padrino, aunque si mis cosas van tan despacio como hasta aquí pienso que tendréis que retrasar mucho esa ventura.

—Pues mire su merced—dijo Andrea—, que hoy más me traía el aquel suyo que la carta para mi Leandro.

—Pues, ¿qué ocurre?—preguntó ansioso don Juan.

Y respondió la moza:

—En la mesa oí lamentarse a mi amo de que había recibido órdenes severísimas de los señores del Tribunal, contra su merced y que no sabía como cumplirlas, pues a él como a cuantos hablan un momento con su merced se les entra hasta las mismas guardillas del corazón.

—¿Y qué pueden hacer conmigo, más de lo que llevan hecho, como no sea despenarme del todo?

Un momento quedóse en silencio, al cabo del cual exclamó resueltamente:

—Aun no es tiempo de morir. En la carta de tu novio queda medio pliego en blanco, dámele.

El mismo le cortó y escribió en él unas líneas. Hadme la merced de llevarle donde bien sabes, y cuida de este papel más que de cuantos has llevado, pues si te le cogiesen, puede que ni tú ni yo viésemos la luz de mañana; en cambio si llega con la fortuna de los otros, están echadas tu suerte y la mía.

Tomó el papel Andrea, y saliendo de la mazmorra, a poco, tomando un pretexto para con su ama, salió de la cárcel y encaminóse a la logia secreta cuyo domicilio estaba no lejos de aquellos lugares, en una casa medio derruida de la calle del Reloj...

CAPÍTULO VIII

Escrúpulos de conciencia y preparativos de fuga

Mucho pesábale a Van Halen en el fondo de su conciencia la determinación que había tomado, porque ella tenía que ir forzosamnte en perjuicio del bonachón don Marcelino, pero el instinto de conservación es egoísta, aún en el ser más noble.

Si por no perjudicar a don Marcelino estábase quieto, no tardaría en ir a dar cuenta de su nobleza al Sumo Hacedor.

No había pues más remedio que aprovecharse de la buena fé del alcaide, más que este pagara con la vida.

En estas luchas traía enredados el corazón y la conciencia cuando oyó que otra vez se descorrian los cerrojos del calabozo.

Era la víctima propiciatoria.

***

Entró don Marcelino, con la franqueza y buena fe que solía por dar ánimos al general, aunqne a juzgar a este por su entereza parecía que nunca los necesitaba.

Sabía el alcaide confidencialmente, que la suerte de su merced ya estaba dispuesta, que quizá dentro de aquella semana se lo harían saber, sino era que como tantas veces se hacía, le despenaban en secreto, más no quiso que en manera alguna trasluciese el infeliz su malaventura. Para las malas noticias siempre hay tiempo.

Aquella tarde quiso estar más amable y complaciente si más podía ser. ¡Quedaba ya tan poco tiempo de darle este consuelo.

Por su parte Van Halen, también parecía tener empeño en mostrarse más jovial y hablador que de costumbre. Preparaba la rampa suave y oculta traidoramente porque había despeñarse el incauto.

De palabra en palabra metiéronse por las frondas de una deleitosa charla en la que Van Halen vino a hacer crónica de muy interesantes capítulos de su vida al través de medio mundo.

Sus correrías por tierras de América entre indios y gauchos, donde hubo de pasar más penalidades que las que llevaba sufriendo en aquella cárcel.

Su vuelta a Europa, y viviendo en todas partes, unas con la holgura y comodidad de un príncipe, y otras con la estrechez de un mendigo, hasta qué por tropezones de su mala ventura, vino a dar en las garras de sus enemigos.

Y como descanso e ilustración de estos párrafos vivientes, intercalaba usos y costumbres de los lugares recorridos.

El buen carcelero escuchábale con profunda devoción y al encanto de sus palabras no sentía correr las horas.

—Cuanto daría yo por haber viajado como usted. Porque a la vista está que el viajar instruye tanto como los libros; la práctica tiene siempre harto más fuerza que la teoría.

—Tiene usted razón—asentía Van Halen.

—Pues mire usted—continuó don Marcelino, que de suyo era hombre muy dado a la charla—, aunque no me esté bien el decirlo, tengo muy felices disposiciones para el estudio y si me hubiesen ayudado, yo creo que hiciera algo de más provecho que ser alcaide de la Inquisición. Ahora al cabo de los años se me ha metido en la cabeza aprender francés y hasta que lo consiga no he de parar.

—¿Quién le enseña a usted?—respondió don Juan.

A que respondió don Marcelino que aun no tenía profesor, porque no había formado propósito firme.

—Pues sino le parece mal—prosiguió el preso—, nadie con más comodidad que yo puede enseñarle.

—Eso es pasarse de amable—protestó agradecido el carcelero.

—Estoy altamente satisfecho de sus atenciones—tornó a responder Van Halen—y si no tiene escrúpulo en admitir mi ofrecimiento, me proporcionará con ello, verdadera satisfacción.

Aceptó don Marcelino de muy buena voluntad, olvidándose con el agradecimiento de las malas impresiones que tenía respecto a la muerte del general.

Poco más hablaron.

El alcaide alzóse de su asiento y dió por terminada la entrevista de aquella tarde.

CAPÍTULO IX

Prosiguen los preparativos

Así como Van Halen quedó solo, tumbóse en el inmundo camastro, y comenzó a tener nueva lucha entre la hombría de bien y el instinto natural.

Aquella, el afeábale que para salvar su vida hubiese de comprometer la de un hombre bueno, todo corazón; el instinto resistíase egoistamence a dejar las sendas tortuosas de este valle de lágrimas, y para convencer a la conciencia que a todo trance empeñábase en mantenerse firme y entera, echaba mano de mil argumentos y sofismas.

Puesto, ¿en tan apurado trance a pesar de su extremada bondad sabría sacrificarse don Marcelino?

Demás, que si el caso estuviese en morir de *una sola vez*... pero si aquello era una agonía lenta, llena de horribles sufrimientos... y esto no había voluntad tan fuerte que lo aceptase teniendo la libertad al alcance de la mano...

Las lecciones de francés eran la clave de su liberación.

Mirándolo friamente el no había buscado aquel pretexto, se le había ofrecido lisa y llanamente.

La madre casualidad llegaba en su auxilio, sería, pues, necio rechazar el favor.

En fin, tales razones trajo a cuenta en defensa de su propósito, que acabó por convencerse muy de lleno, y comenzando a tejer los hilos de su plan de fuga, vino el sueño, le cerró los ojos y quedó dormido.

***

A tiempo de llevarle Andrea el desayuno, le entregó un papel.

No más de dos líneas traía escrita; debía ser cosa concisa y terminante.

A penas acabó don Juan de pasear los ojos por aquellas breves líneas escritas nerviosamente con lápiz, arrimó el papel a la llama del candil que portaba Andrea y en la poquedad de un instante voló el billete hecho pavesas.

—Entregaste mi carta en propia mano, ¿verdad?—preguntó el general.

Andrea respondió afirmativamente, a lo que replicó Van Halen.

—Pues de seguir contando con tu auxilio como hasta aquí, el señor don Fernando VII, que Dios confunda, no se dará el gustazo de verme bailar como un Juan de las Viñas, al cabo de una cuerda ensebada. Y ahora vete; en estos días debes venir por acá nada más que cuando te mande tu amo. Andresilla, quien sabe si estás en vísperas de hacer tu suerte.

—Yo no deseo más que ver libre a su merced--, respondió la moza—que cuando yo haya logrado mi conveniencia con mi Leandro, los dos juntos rogaremos a Dios por la felicidad de su merced, que es bueno como el pan de trigo.

—Gracias, muchacha—exclamó conmovido el general—. Un día antes de que yo ponga por obra mi plan, te despedirás de tus amos y te irás a tu pueblo, que como yo salga con bien. y ya lo doy por descontado, no tardarás en saber de mí.

Los funestos barruntos de don Marcelino no se cumplían con la celeridad que él pensaba. Más de una semana iba por filo desque llegaran a su conocimiento y no había recibido orden alguna superior acerca del preso.

Las lecciones del idioma de Moliere, habían dado comienzo.

El *discípulo* acudía puntual todas las tardes a última hora.

Seguramente que no acudió al aula con más entusiasmo y puntualidad cuando era muchacho.

De viva voz era la clase. Luego de que durante una hora habíase don Marcelino saturado de charla gabacha, descansaba antes de irse, escuchando nuevos sucesos y proezas del aventurero general.

En oyéndose las ánimas en el vecino monasterio de Santo Domingo, entraba Andrea en la prisión con la cesta de la frugalísima vianda, más alguna golosina postrera por cuenta de las alcaidesas, y luego de que el yantar era servido salían amo y moza, deseando entrambos muy buenas noches al preso.

Enseguida, en el silencio sepulcral de las lóbregas galerías repercutía el eco de los pasos al alejarse, que no tornaban a oirse hasta las primeras horas de la mañana, en que salían los infelices reos a comparecer ante los ceñudos jueces de sus causas...

***

De allí a dos tardes entró Andrea en la celda de Van Halen, y deslizó en sus oidos estas palabras:

—Mañana a las nueve en la fuente de Leganitos.

—Esta misma noche deja a tus amos y en la primera diligencia, vete a tu pueblo. Nunca acabaré de agradecerte bien cuanto has hecho por mí. Quizás no volvamos a vernos, pero bien puedes estar segura de que hasta mi último instante vivirás en mi corazón.

—No hay para qué decir que en los ojos de la moza brillaron unas lágrimas que también contagiaron los del general.

Dejó Andrea la cena como tenía por costumbre y salió de la prisión de su amigo.

Como se presentó a sus amos toda llorosa, preguntáronle la causa, y ella tomó pretexto de la respuesta, para decir que nostalgia de los suyos sin los que no podía vivir por lo que tenía determinado partirse de mañana con el arriero de su pueblo.

Hicieron las alcaidesas cuanto estuvo de su parte por retenerla y aun parece que se arrojaron hasta aumentarla el salario, porque no era nada sisona y entrometida como es cosa proverbial en las criadas, sinó una buena alma, (que por esto habiase dejado ganar tan bien por Van Halen) pero sostúvose en sus trece, y al amanecer del siguiente día, partió en la noble compañía de un arriero, dos frailes franciscos y una moza del partido, a su rancio solar de Fuentelsaz...

CAPÍTULO X

La última lección de don Marcelino

A la hora que ya se ha dicho que habían establecido por costumbre maestro y discípulo, presentóse este muy alborozado y decidor.

Van Halen, miróle compasivo, y al hallarse sus ojos frente aquella faz canonical, pulcramente afeitada, ennoblecida por grandes gafas de oro, estuvo a punto de renunciar a su evasión.

Otra vez volvió la conciencia a gritarle con voces tan recias. que no le daba tiempo a coordinar las ideas para madurar su plan de fuga.

Veía a aquel hombre honrado, luego de puesta su obra en determinación encerrado en otra mazmorra más inmunda y más lóbrega que aquella.

Los esbirros de la inquisición y sicarios del absolutismo echarían sobre él todo el peso de su ira, y quien sabe si le hicieran expiar su descuido en las gradas de un patíbulo.

Veía aquellas niñas que fueron todo bondad para él en la más espantosa miseria mientras su buen padre pudríase en una prisión, y veía que la amargura de sus lágrimas iba confundida con odio para el hombre que bajo la máscara de una nobleza hipócrita, sabía esconder diestramente la semilla de la traición.

El no haría esto.

Antes sufriría mil muertes y mil afrentas.

Hizo ademán de levantarse de la silla y arrojarse a los pies de don Marcelino y descubrirle sus intenciones.

En aquel mismo punto y hora oyó unas voces lúgubres que sonaban a salmodia.

—¿Qué es eso?—preguntó, a que le respondió muy compungido el alcaide:

—Cosas fatales de estos sitios que no hay medio de evitar. Mañana sufre la última pena aquel pobrete que el año pasado por ahora cantó el *trágala* al salir el rey de las cortes y están los presos cantando la *salve*.

La compasión de Van Halen reaccionó en egoismo y con más ansias qne nunca se aferró a su propósito.

Quedóse un poco pensativo, y entendiendo el carcelero que ello era pena por la suerte de aquel otro infeliz, dijo:

—¿Quiere su merced que nosotros recemos también una salve al Cristo de la Agonía para que le dé una buena muerte?

Y cumplieron el piadoso menester.

Hubo una pausa, tras de la cual don Marcelino mudó las gafas que traía puestas por otras mas apropósito para leer, limpiólas cuidadosa y despaciosamente antes de calárselas, y luego, sacando una petaca con tabaco picado, lió un cigarrillo y ofrecióla al general.

***

Aunque era mucha la cònmiseración que el bueno de don Marcelino sentía por los desgraciados que estaban bajo su custodia, cuidaba siempre al entrar en sus celdas de cerrar tras de sí las puertas, más frente a esta precaución tenía un grave descuido y era el de no llevar armas.

Al poco tiempo llenóse la habitación del humo que despedían los dos cigarros.

Van Halen curaba de fumar tan seguido y recio que su cigarro parecía una chimenea y su boca el crater de un volcán.

La atmósfera llegó hacerse irrespirable.

Don Marcelino que era un poco asmático, comenzó a toser y a respirar con dificultad.

No pudiendo sufrir más el aire viciado de la reducida estancia dijo uniendo la acción a la palabra:

—Contraviniendo un pòco el reglamento de la prisión y puesto que no hay el menor riesgo voy a entreabrir la puerta, sinó vamos a volar como dos globos grotescos.

Mientras el confiado fué a abrir la puerta, previnose Van Halen, y cuando tornó a ocupar su puesto lanzóse sobre él con toda energía y le arrojó sobre el camastro, poniéndole luego una pistota al pecho:

—Silencio—le dijo—si da usted una sola voz hágase cuenta que ha llegado su última hora. Bien sabe Dios que con todas las veras de mi alma lamento al verme obligado a esta mala acción con hombre tan cabal como usted pero la vida me lo exige; nadie como usted sabe que el desdichado que entra aquí jamás vuelve al mundo. Adiós, que no hay tiempo para más.

Sin dejar de apuntar al espantado carcelero que no acertaba a darse cuenta de lo que le acaecía, llegó a la mesa, tomó la luz y la llave salió y cerró tras sí.

Como ya estaba enterado por la alcarreña de los pasillos que tenía que recorrer hasta las habitaciones de don Marcelino, que valían por rastrillo de la cárcel, llegó prestamente hasta ellas.

Madre e hija en redor de un razonable brasero rezaban el rosario.

Espantadas quedáronse al ver ante ellas a don Juan.

La misma confusión impidioles hacerle pregunta alguna.

El fué quien habló.

—Por Dios, señoras, corran en seguida a mi celda, don Marcelino se ha puesto malo de repente. Yo me he determinado a venir ante el grave peligro en que le ví.

Las infelices, ya no fueron personas para otra cosa que para cuidarse del ser querido cuya vida estaba en riesgo.

Una arrebató la luz de manos del preso y las otras dos fueron en su seguimiento dando ayes de dolor, pensándose que le hallarían expirando o a punto de ello.

Van Halen tomó la capa y el sombrero de don Marcelino, que halló a mano sobre una silla, y aspiró al fin el aire frío de la noche...

Apenas pisó los guijos de la calle acercáronsele dos hombres... receló al pronto que fuesen policías y se aprestó a no volver a la prisión, pero una seña convenida de entrambos le hizo ver que estaba entre camaradas.

Bajó cada uno un poco el embozo de su capa, y sin hablarse palabra echaron a andar hacia la fuente de Leganitos, donde esperaba un coche de camino; subieron los tres, y en seguida la pesada máquina, que llevaba las ruedas recubiertas de corcho para que no hicieran ruido, rompió marcha al trote de dos briosas mulas, buscando la carretera de Francia.

EPÍLOGO

No hay para qué decir que el confiado don Marcelino ocupó desde el siguiente día la celda que dejara Van Halen, y en ella tuvo tiempo de meditar acerca de la ingratitud humana y de arrepentirse de allí adelante, si hiciérale Dios la merced de restituirle la preciosa libertad de los impulsos generosos de su corazón, hasta que la revolución de 1820 abolió el santo y miserable tribunal.

Aun no fué poca fortuna que el rey y su camarilla comprendiesen que había pecado de sandio y no de cómplice, porque de no haberles dado la ventolera de mostrarse generosos, a bien seguro que hubiese dado que hacer alguna mañana al verdugo de la Villa.

Todas las simpatías y conmiseraciones que despertara poco antes el infortunado general, trocáronse en odios y diatribas.

—Infames.

—Quién había de sospecharlo.

—Con su capita de bondad.

—Con sus galanterías y atenciones para nosotras, su carita de bueno.

—La vida que nos hubiese pedido, le hubiésemos dado.

—Ya os decía yo que no os hiciérais de miel, que os comerían las moscas, que al fin estos que andan fuera de la ley, son gentes de cuidado, pero vosotros, y más este simplón de vuestro padre, como si oyera llover.

Así despachábanse la madre y las hijas.

Don Marcelino aún tuvo alma para disculpar a Van Halen.

—¿Qué queríais que hiciera?, de allí a tres o cuatro días le iban a mandar al otro mundo. Es mucho el verse un hombre sano y fuerte al borde de la tumba, pudiendo salvarse de ella no más con dar a correr. Quien sabe si yo hubiese hecho lo mismo...

Pero con esto llovían más fuertes los sermones de su mujer. Si hubiera hecho caso de sus continuas advertencias, no le hubiera acaecido tan mal, pero que así

mudaría él de condición como ella de sexo, en fin, que tal poníale de zafio y de mentecato, que casi estuvo para tornarse a la celda por no oirla...

***

De allí a pocos días, que ya estaba Andrea en su pueblo, recibió una mañana un emisario, que entrogóle una carta y un cofrecillo.

El hombre no esperó a más que a poner el encargo en manos de la persona a quien se lo mandaban, y así como ésta húbose hecho cargo, dió las buenas tardes y sin esperar a más picó espuelas al recio y ligero cuartago que montaba y desapareció ante los ojos de los asombrados vecinos de Fuentelsaz.

Comentario parlanchín por todo aquel día fué la visita, y durante el resto de aquella fecha y tuvo cotillas y comadres ansiosas de saber qué fuera ello, pero la taimada moza no soltaba prenda. Decía que era ropa que habíase dejado en la corte y que como su amo era *cosa* alta de la justicia, se lo enviaba con un mochil especial.

Ya recelaba ella lo que podía ser, pero las suposiciones quedáronse en mantillas ante la realidad.

El cofrecillo guardaba cien onzas de oro que brillaban como cien soles.

La carta que bajo secreto de confesión dió a leer al señor cura, decía de esta suerte:

«Hija Andrea: Ya ves que no olvido la promesa que te hice. En cuanto puse a cobro mi persona, no pensé en otra cosa alguna que en demostrarte con algo más práctico que con palabras escritas que soy agradecido.

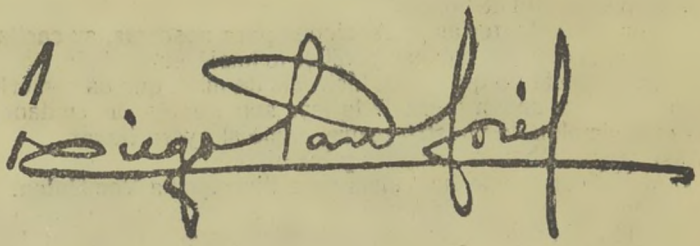
»Quiero que ese puñadillo de oro sea tu dote, cuando te cases con Leandro; dile que con ellos le envía un abrazo el que hasta hace poco fué tu secretario y te debe la vida,

VAN HALEN

***

Como la base de la felicidad (por más de que la escuela platónica predique otra cosa) es el dinero, de allí a muy poco, que no se había pasado un mes desde la llegada del afortunado correo, celebráronse en Fuentelsaz las pomposas bodas de Andrea y Leandro, que en nada tuvieron que envidiar a las suntuosas de Camacho el Rico, y de ahí a otro año, que los mozos, como sanos y pujantes, no se descuidaron en su ministerio, celebróse con el mismo tren espléndido, el bautizo del primer vástago, quien tuvo por padrino honorario al bizarro general y llevó su mismo nombre.

Y con dejar asentado que años después se supo en Madrid que Van Halen mandaba en el Cáucaso un escuadrón de caballería, da el coronista por finada esta verdadera relación de la época absurda y vergonzosa del Absolutismo..



Prohibida la reproducción.

Lea Vd. nuestros anuncios en la seguridad que alguno le interesará

FOTOGRAFÍA BIEDMA
CALLE DE ALCALÁ, 23
Teléf. M-730-Hay ascensor

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO
¡¡ EUREKA !!

Buen humor por la comodidad
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás M.ª Rivero, 11, Madrid

¡Comerciantes! ¡Industriales! ¡Banqueros!

La seguridad, no solamente de vuestro dinero, sino de lo que a veces supone lo más importante de vuestro negocio, los libros, la encontrareis adquiriendo una :-: caja refractaria de caudales en el :-:
HOTEL DE VENTAS. ATOCHA 34.

Suaviza el cutis.
ALCOHOLATO
Lo mejor para fricción.
ALCOHOLERA
Carmen, 10

No compre V.

relojes, joyas o artículos de óptica sin antes ver precios y modelos en **La Vasco-Castellana.—Fernando VI, 9.**

Cabeza sana.

La desidia es casi siempre la causa de que haya tantas cabezas calvas, o con placas, o con caspa. Usando el agua **La Flor de Oro**, que limpia y tonifica el cabello, curaréis y evitaréis sus enfermedades, conservándolo abundante y con su color primitivo.—Se venden en las perfumerías y droguerías.

POR SEIS PESETAS
puede adquirir un magnífico
FILTRO "ARSO"
de un rendimiento de 24 litros al día, en la fábrica
Francisco Abril, 13 (Pacífico)

LOS ANIMALES

Hemos lanzado a la publicidad una interesantísima **colección infantil única** donde se describen de manera amena las costumbres de las fieras y los animales salvajes y el modo de cazarlos. Esta colección se divide en **24 cuadernos** bellamente ilustrados **en tricolor**, consagrando cada uno de ellos a un animal diferente.

El jueves próximo aparecerá

EL TIGRE

Precio del cuaderno: 20 céntimos

No se acepta el pago en sellos. — Pídanse a Corresponsales y a esta Administración, Calvo Asensio, 3. — Madrid

Prensa Popular propietaria de **La Novela Corta, La Novela Teatral y Frinó**
ADMINISTRACION: CALVO ASENSIO, 3. — MADRID. —
APARTADO, 498. — TELEFONO, 1.-624.

FRINE

Revista Femenina Cultural

NÚMEROS ATRASADOS

PRECIO: 15 CÉNTIMOS

DIRIGIRSE A LOS CORRESPONSALES

Núm. 1.-Arte de no envejecer

Cultura de la belleza. Secretos para conservarla. Recetas de juventud y belleza. Concepción de la belleza, etc.

Núm. 2.-La mujer en el hogar

Relaciones familiares. El modo de conducirse con la familia. Conocimientos que le son necesarios. Encantos de cada una, etc.

Núm. 3.-La belleza de los ojos

Color. Forma. Expresión. Fórmulas para cuidarlos y hermosearlos. Las cejas. Las pestañas. El cansancio y los remedios, etc.

Núm. 4.-Los perfumes

Importancia del perfume. Sus encantos, sus misterios y sus aplicaciones. Elección de perfumes. Lenguaje de los perfumes, etc.

Núm. 5.-Los matrimonios

Ceremonial que regula las relaciones entre novios. Las ceremonias. Canastilla. Fiestas y regalos. La petición de matrimonio, etc.

Núm. 6.-La moda según el tipo

La posición social y las condiciones de cada una. Elegancia y belleza. El chic y la fascinación. Cambios de moda, etc.

Núm. 7.-La belleza de las manos

Su encanto. Cuidados necesarios. Blancura. Suavidad. Las uñas. Modo de embellecerlas. Cuidados de las manos, etc.

Núm. 8.-La belleza de la boca

Los labios. Modo de cuidarlos y embellecerlos. Los dientes. Consejos y recetas. La pureza del aliento. Como se deben pintar, etc.

Núm. 9.-Los bailes

Invitaciones. Bufettes. Los bailes de figuras. Reglas de sociedad que se observan en los bailes. Descripciones, etc.

Núm. 10.-Las joyas

Su significación. Su historia. Joyas célebres. Elección de joyas. Alhajas que se deben llevar. Las piedras preciosas, etc.

Núm. 11.-Las ropas

Su conservación. Lavado y planchado. Modo de limpiar y conservar telas y efectos. Recetas para la limpieza en seco, etc.

Núm. 12-Modo de ordenar la casa

La casa-habitación. Condiciones de salubridad que han de tenerse en cuenta para su elección. Su orientación, etc.

Núm. 13.-Los peinados

Arte de elegir peinados. Cuidados que exige. Preparación de los cabellos. Consejo útil para el peinado. Los potizos, etc.

Núm. 14-Educación de las jóvenes

Educación para el hogar. Las escuelas de menaje. Papel moralizador que están llamadas a ejercer, etc.

Núm. 15.-Las visitas

Sus leyes. Diversas clases de visitas. Saludos. Presentaciones. Maneras de saludar. Cuando debe darse la mano, etc.

Núm. 16.-La belleza del pie

Cuidados que necesita. La media y el calzado. Particularidades notables. Los baños de pies. Para combatir el frío en los pies, etc

Núm. 17.-La belleza de la línea

Modo de modelar la estatua humana. Corregir defectos y deviaciones. Alcanzar la belleza de las formas y estatura, etc.

Oficinas y Talleres de PRENSA POPULAR propietaria de **La Novela Corta, La Novela Teatral y Fríné.**—Antonio Palomino, 1, y Calvo Asensio, 3. Madrid.